

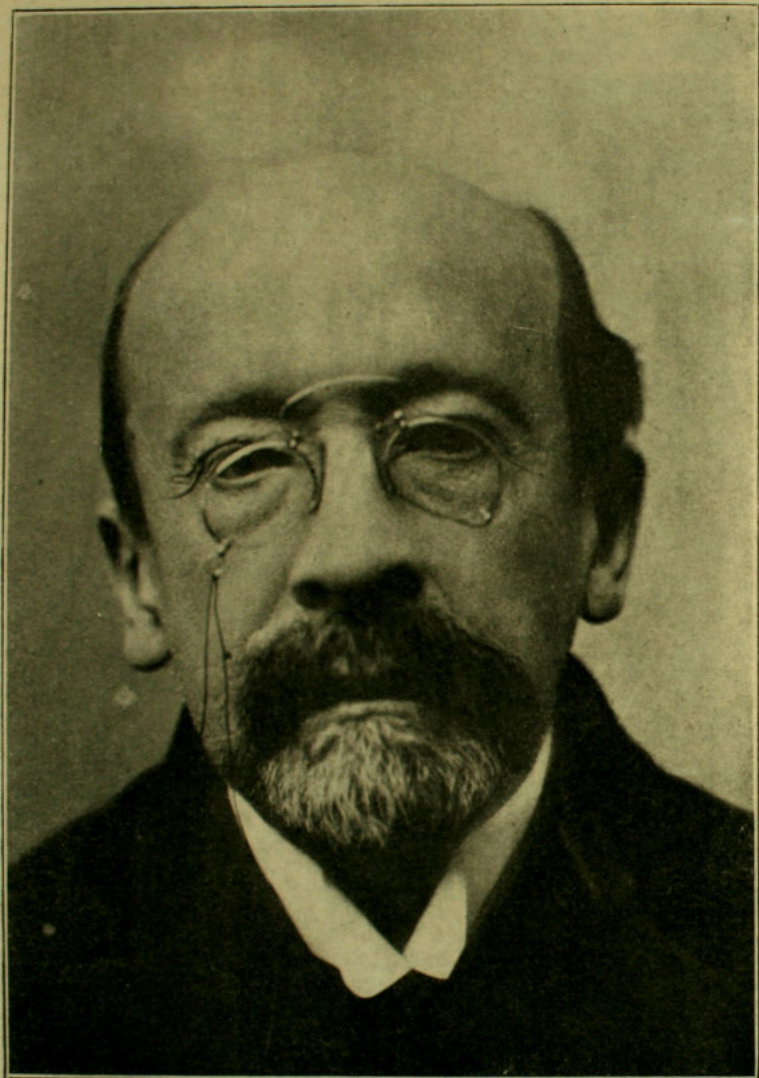
Julio
1915

PACIFICO

MAGAZINE

Precio:
N° PESO





J. F. Medina

Conversando con Don José Toribio Medina

Recuerdos de su vida intelectual

Por
ARMANDO DONOSO

Ilustraciones fotográficas.

No es el de Chile un medio propicio para los estudios de especialización científica ni de erudición literaria; vivimos preocupados de más prosaicas atenciones que de las disciplinas espirituales y apenas si como solaz admitimos de tarde en tarde un libro tan ameno cuanto baladí. El número de aquellos que dedican su vida entera al estudio, se podría contar por los dedos de la mano, que tan mezquino es entre nosotros el culto de todo lo que habla más al cerebro que a la bolsa. ¡Cuántos escritores de primer orden no han trocado la pluma por los códigos o el bisturí, por la fusta del hacendado o la pluma del oficinista! Recordemos los casos de los que pudieran publicar anualmente hermosos libros y no lo hacen, pues la tiranía del cotidiano menudrugo les obliga a ser galeotos, atados a su cadena: ahí están los Augusto Orrego, los Rafael Egaña, los Díaz Garcés, los Augusto Thompson, perdidos, olvidados, como el hombre del cerebro de oro de Daudet, que ignoró el tesoro que llevaba consigo hasta que lo hubo consumido todo entero. Desgraciadamente, nuestro ambiente mezquino seguirá siendo el mismo por mucho tiempo y el mejor de sus libros no le dará a un autor la cantidad de dinero suficiente para vivir tres meses con decencia; preguntadle a los Blest Gana, a los Orrego Luco, a los Valdés Cange y seguramente os confesarán que "Durante la reconquista", "Casa Grande", "Sinceridad", a pesar de haberse vendido varias ediciones, apenas si les han compensado los gastos editoriales y las incomodidades de tener que tratar con libreros poco escrupulosos. Y si esto sucede con los géneros literarios más socorridos, pensemos qué no acontecerá con los libros de filosofía, crítica, educación, ciencias puras, bibliografía. El caso de don José Toribio Medina, como los de Thayer Ojeda, Guevara, Lenz, Román, Hansen, Salas Errázuriz, son un ejemplo elocuente: cuarenta y dos años consecutivos de labor y un centenar de obras no le bastan para ser tenido en Chile en lo que se merece. Ha sido necesario que Medina fuese antes muy conocido en el extranjero y honrado por cuantas instituciones doctas existen en Estados Unidos, Inglaterra, España, Argentina y que la Sociedad de Historia y Geografía le tributara su más alto homenaje—como es la medalla anual de oro con que ya ha distinguido a don Crescente Errázuriz y a don Gonzalo Bulnes—para que comenzáramos a darnos cuenta lo que significa la enorme labor crítica, investigativa y bibliográfica del autor de la "Historia de la literatura colonial de Chile". A menudo en libros extranjeros, en las obras de Menéndez y Pelayo, de Rodríguez Marín, de Altamira, de Herrera, de Palma, de Hazañas y la Rúa, de Adler, de Garnett, de

Mitre, y de tantos otros cuyos nombres colmarían más de una carilla, hemos visto citado el nombre de Medina y elogiada sin reticencias su altísima labor bibliográfica. Hace poco nos recordaba Luis Popelaire que en su viaje realizado alrededor del mundo en la corbeta "Baquedano", tuvo que desembarcar en las Islas Filipinas; al visitar la Universidad de Santo Tomás, en Manila, los frailes le colmaron de atenciones por el solo hecho de ser compatriota de Medina, cuya obra conocían, siendo la única noticia cierta que tenían de esta apartada latitud geográfica. Yo recuerdo por mi parte que de entre las pocas obras chilenas que se han adquirido por necesidad en el Museo Británico de Londres, están las de Vicuña Mackenna—la colección completa en elegante estantería aislada—y las de Medina que, viajerosidos de todos los climas, consultan con mucha frecuencia. Un día nos refería don José Toribio que una de las más agradables sorpresas que había experimentado en los últimos años, se la había dado Mr. Bryce, a quien vió llegar una mañana a su casa, acompañado de don Joaquín Walker Martínez, saltando por sobre montones de escombros y de tierra, que estaban hacinados en la calle, donde se trabajaba el alcantarillado, lleno de curiosidad por conocerle: las referencias del fundador de la Hispanic Society of América, Mr. Archer Milton Hutton y de su bibliotecario, el doctor Martín, interesaron a Mr. Bryce hasta no olvidar en su viaje a este país rendirle el homenaje de su visita. Más tarde, cuando publicó su libro "La América del Sur, observaciones e impresiones", es a Medina al único escritor chileno a quien le dedica un juicio breve, pero elogiado. ("La última y la presente generación—dice Mr. Bryce—han producido escritores de talento y entre los muy pocos investigadores de hoy día hay que contar a uno de los más cultos historiadores y bibliógrafos de la América Española, el señor José Toribio Medina"). Otro tanto podríamos decir de W. H. Koebel, que obsequió a Medina, durante su última estadía en Londres, con una simpática manifestación, a la cual concurrieron conocidos escritores ingleses, y a quien considera en su libro "Chile Moderno" tal vez como la mayor autoridad histórica de Sud-América. (At the present moment probably the greatest historical authority throughout South America is the famous Chilean, don José Toribio Medina...)

Cuando estubo en Chile don Adolfo P. Carranza, al día siguiente de su arribo preguntó por el domicilio de Medina a fin de hacerle a él su primera visita; pero, ¡oh comicidad sólo concebible entre nosotros! no faltó uno que, pasándose de

listo, creyese que se trataba de Medina, el preparador de caballos de carrera, y hacia allá condujo al conocido polígrafo argentino. Es preciso figurarse el asombro que esto le causaría a Carranza; él comprendió que en Chile apenas si sabíamos que Medina existiera.

¿Y qué decir también de las distinciones con que le han demostrado el aprecio en que tienen su obra todos los bibliógrafos y eruditos que concurren al décimo-séptimo Congreso de Americanistas del Centenario en Buenos Aires? ¿Qué agregar también del décimo-octavo Congreso de Londres, donde el discurso inaugural de don Samuel A. Lapone y Quevedo se redujo casi exclusivamente al elogio de la obra de Medina? Como W. H. Koebel, el anciano y respetado Mr. Clements R. Markham, presidente de la Sociedad Geográfica de Londres, y que también lo fué de dicho Congreso, le colmó de atenciones: "Markham, que había estado en Chile en 1837—nos decía el señor Medina—nos preguntaba con gran interés por las personas que en ese entonces conoció entre nosotros y de quienes no pude darle noticias, pues solamente he conocido a los nietos."

Hace algunos días no más la Sociedad de Historia y Geografía de Santiago, le transcribió al señor Medina una comunicación enviada al presidente de ella por el cónsul chileno en San Francisco, que dice así: "El Presidente de la Asociación de Historia Americana, Mr. Morse Stephens, me ha dirigido la comunicación que en copia me es grato acompañar a la presente, rogando a la Sociedad que Ud. preside, se sirva considerarla, y si lo tiene a bien, ejercitar sus buenos oficios con el señor don José Toribio Medina, a quien dicha comunicación se refiere, para que este caballero acepte la invitación que se le hace y concurra al Congreso Histórico del Pacífico, que se celebrará en esta ciudad (San Francisco), del 19 al 21 de julio próximo. El profesor señor Stephens está vivamente interesado por contar con la cooperación del señor Medina en el citado Congreso.... etc."

Desgraciadamente, llegó esta nota a conocimiento del señor Medina hace tan sólo algunos días, cuando ya no era tiempo para que alcanzase a concurrir a dicho Congreso. En 1902, estando en México, recibió también una nota del Gobierno de Chile en la que lo designaban para que concurriese al Congreso de Historia que debía verificarse en Roma; pero, como en el caso actual, lo tardó de la comunicación le impidió asistir, perdiéndose con ello la mag-

nífica ocasión de que pudiese figurar de un modo tan digno la intelectualidad chilena en una reunión de hombres de estudio.

La verdadera biografía de un hombre no es la que tan sólo refiere hechos aislados, ateniéndose a la pura cronología superficial de los acontecimientos que se han verificado en el curso de una existencia; no, es preciso vivir cerca de un escritor, conocerle hondamente, como Boswell conoció a Johnson o Eckermann a Goethe; es necesario escudriñar su vida, recoger cuanto pueda parecer banal y luego comparar, rectificar y analizar, para referir todo lo que tenga algún interés y esté en consonancia con su obra. ¿Leed el Diario de los Goncourt y os explicaráis muchas cosas que en las historias literarias son un misterio: las debilidades de Sainte Beuve, los pujos aristocráticos de Renán, el dogmatismo de Taine, el orgullo de Flaubert!

En la obra de Medina no es la parte menos interesante aquella que se refiere a sus viajes, a sus sacrificadas búsquedas a través de los Archivos y Bibliotecas en los países europeos y americanos. Una larga vida consagrada al estudio es siempre interesante, cualquiera que sea la índole de sus producciones; en el caso de este polígrafo, su obra es un monumento de investigación y tal vez, como afirma Altamira, será poco menos que imposible "dar un paso en historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina". Lectores atentos de muchos de sus libros, hemos tenido la fortuna de conocerle de cerca y de aprovechar largas y amenas charlas para recoger de sus labios interesantes noticias sobre su labor y su vida; además, ha querido nuestra suerte propicia que escucháramos, en muchos casos, el testimonio de valiosos recuerdos a la distinguida compañera de su vida, la señora Mercedes Ibáñez, que ha sido para el escritor lo que el árbol para la enredadera: sostén y eterna promesa de felicidad en la altura de los sentimientos más delicados, allí donde no llega el lodo de las pequeñas miserias humanas. Y si en el hogar fué siempre ella una compensación contra las horas de árida labor, en el trabajo ha significado una inteligencia más al servicio de la obra de Medina: no pequeño es el esfuerzo suyo que guardan las páginas corregidas, las copias de largas notas y la impropia minucia de áridas lecturas y calcos fatigosos. Bello símbolo de esta elevada armonía de dos cerebros y de dos corazones encontramos en aquella medalla ere que aparecen los bustos de ambos cónyuges sobre campo que adornan ramos de mirto y de laurel y que cubre un Cupido, disparando su flecha sobre la corneja que se ha posado sobre una lámpara que arde, sencilla alegoría que explica la sentencia latina: "*Amor laborque felicitas vitae*".

Tiene Medina en la actualidad sesenta y tres años. (Nació el 21 de octubre de 1852). La historia de su juventud es breve, como la de cualquier hombre estudioso, que desde su más tierna niñez ha vivido en el comercio activo del libro. De sus días de estudiante universitario conserva vivo el recuerdo de una anécdota sabrosísima: él y su amigo muy estimado, Hermógenes Donoso, habían hecho la licenciatura en derecho. Debiendo presentar ambos la memoria correspondiente, Medina tenía escrito un largo trabajo de investigación sobre el vocablo *Fósil* aplicado a la jurisprudencia; pero, quiso la mala fortuna que a su padre, magistrado recto e inflexible, no le agradara mu-



En el fondo del salón se advierten dos riquísimos estantes contentivos de libros valiosísimos.

cho el asunto, viéndose obligado a redactar una segunda memoria: *Si la donación es un acto o un contrato*. Presentada ésta a la Universidad, le obsequió la primera a su amigo; y cuánta no sería la sorpresa de su padre al saber que a la memoria enviada por Donoso como propia se la había considerado sobresaliente, acordando el Consejo de Instrucción que fuese publicada en los Anales de la Universidad.

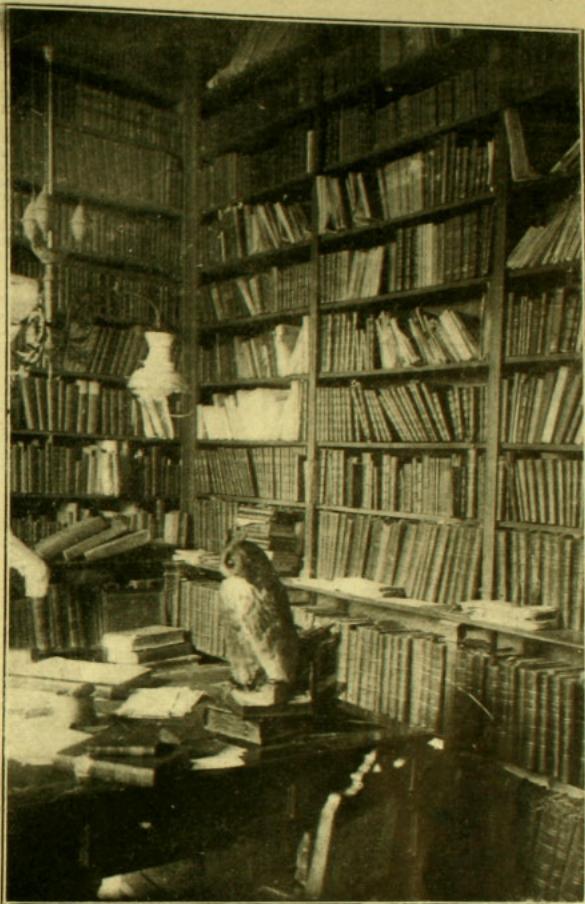
Jamás fué su padre, don José del Pilar Medina, hombre partidario de que se hiciera una profesión de las bellas letras; a pesar de haber rimado él hermosos versos (1), nunca miró con buenos ojos las inclinaciones intelectuales de su primogénito. — Tú no tienes fortuna, le recordaba a menudo, y necesitas ganarla. No debes dedicarte a la literatura; sólo tienes ante tu porvenir un doble camino: tu profesión y la política. Monttvarista por tradición, su padre contaba en aquel partido con amigos tan numerosos cuanto leales.

—Un día me ofrecieron —nos dice don José Toribio— la secretaría de partido, siendo aún muy joven. En dos ocasiones rehusé la oferta para ser diputado; ya tenía la firme resolución tomada de consagrar mis esfuerzos en otro campo, que podría tener mayor utilidad nacional.

Transcurren más de dos años después de recibir su título; en los momentos que le deja libre su profesión se dedica a leer con vivo interés la historia de Chile: son los antiguos cronistas de los primeros años de la conquista los que más excitan su interés y comienzan a despertar en él al historiador que aguarda su hora para revelarse. También las bellas letras no le son indiferentes, pues traduce con primoroso cuidado *"Evangeline"* de Longfellow y escribe interesantes estudios sobre literatura, entomología y folklore; unos apuntes para un juicio sobre la novela de Jorge Ibsen, unas notas sobre los insectos enemigos en Chile y sobre los

(1) En la introducción al volumen de poesías de su padre, editado por Medina con esmero en su imprenta particular, en tirada de treinta ejemplares, escribía: "Casi sin apoyo en el mundo y miembro de una familia establecida en una campiña lejana, allí en sus días de vacaciones pasaba algunas horas cantando en los versos las primeras emociones juveniles, interrogándose sobre la suerte que le guardara un oscuro porvenir o celebrando las tiernas expansiones de la amistad, sentimiento que dominó siempre su corazón y que a pesar de tantos desencuentros, conservó hasta los últimos instantes de su vida." (Ejemplar núm. 6 de la Bib. de don Enrique Matta Vial). Bien claramente expresan todas las dolorosas emociones del poeta y su santa conformidad cristiana, dos versos que hemos leído al azar en uno de sus pequeños poemas:

En tantos años que mi suerte lloro
¡Ay! Dios me queda!



Un rincón de la biblioteca

motivos para la fundación de una sociedad entomológica nacional y curiosas noticias sobre El Piuchén, el popular mito chileno.

Los años apenas hacía que se había recibido de abogado cuando fué nombrado secretario de Legación en Lima, siendo allí Ministro don Joaquín Godoy. Nunca pudo recibir un mejor estímulo su espíritu inquieto de estudioso que comenzaba a iniciarse en las disciplinas de la investigación. Cerca de Ricardo Palma, a quien le liga desde entonces una franca amistad, y del erudito don Francisco de Paula González, Director por aquellos años de la Biblioteca Nacional, vivió áridas horas de estudio entre los manuscritos y los legajos de los archivos limeños.

—En Lima—recuerda Medina—comenzó ya a interesarme seriamente el estudio de Ercilla. Desde aquellos días hasta hace pocos años, en que realicé mis deseos de comenzar a publicar mi obra sobre el poeta de "La Araucana", acañicé aquel proyecto que espero en breve ver coronado, después de áridos estudios y enormes dificultades.

En efecto, si revisamos la bibliografía de las obras publicadas en Lima por Medina, encon-

traremos dos estudios interesantísimos sobre *El Amar en La Araucana*, y *Ercilla jugado por La Araucana*, que aparecieron en *El Correo del Perú*. Un año antes había dado ya a la estampa su primer libro histórico, las "Memorias del Reino de Chile y de don Francisco Meneses", escritas por el P. Fray Juan de Jesús María, hermosa edición que constituye actualmente un valioso tesoro bibliográfico. "Sirvió al señor Medina para publicar la presente obra—escribe su biógrafo don Víctor M. Chiappa—un manuscrito que le obsequió don Manuel de Mendiburu (autor del erudito "Diccionario histórico y geográfico del Perú"), el cual donó él en seguida a la Biblioteca Nacional de Santiago." (1).

Cerca de dos años residió Medina en Lima. Como secretario en la Legación tenía que realizar un trabajo enorme, que le dejaba bien pocas horas libres para sus ocios; además, sus relaciones con el Ministro Godoy eran poco cordiales. A promedios del año setenta y seis

estudio en Europa, a través de sus museos y bibliotecas. En Londres sus primeras visitas fueron para el Museo Británico, donde había de encontrar valiosos documentos relativos a la historia y a la literatura americana.

—La Universidad de Chile había abierto por ese entonces un concurso para una historia de la literatura colonial—recuerda Medina.—Como el tema era tentador, aproveché mi viaje, procurando sacar el mayor partido posible en la busca de muchos documentos interesantes. Y he aquí que después de presentar mi solicitud para obtener entrada a investigar en el Museo Británico, me correspondió mi asiento en las mesas de trabajo junto al erudito don Pascual de Gayangos, que por ese entonces formaba el catálogo de manuscritos, y a don Gaspar del Río, que se ocupaba en escribir su "Historia de la Inquisición en los Países Bajos", libro al cual dedicó veinte años de su vida. Una sincera amistad me acercó al prestigioso traductor



Don José Toribio Medina, acompañado por su esposa, en la sala de trabajo

había solicitado dos meses de licencia para trasladarse a Chile con el objeto de ver a su padre, que se encontraba enfermo, cuando se le presentó una ocasión magnífica de realizar un amplio viaje de estudio. Había conocido íntimamente, llegando a ser el amigo de toda la confianza de la casa, a Mr. Thorndike y a su esposa la señora Genoveva Mathieu. (2). Sabedores ellos que Medina había obtenido permiso para ir a Chile, le propusieron que les acompañase a Estados Unidos, a fin de visitar la Exposición de Philadelphia; accedió gustoso Medina, no sin tener antes que renunciar su puesto en vista de la negativa terminante de Godoy para acordarle el traslado de la licencia.

Tres meses permaneció en Estados Unidos; luego partió de Nueva York en dirección a Inglaterra, dispuesto a realizar una excursión de

la Literatura de Ticknor, quien, andando los días, había de darme la para mí inapreciable noticia del paradero de la obra de Xofre del Aguila, (1), que este vendió al librero Henry Stevens; y que éste había enviado a la John Carter Brown Library de Rhode Island.

Después de algunos meses de trabajo en Londres, continuó Medina su viaje a Francia, logrando descubrir en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de París la continuación del "Parnaso Antártico" de Diego Mejía, (2), obra cuya primera parte se debió a una curiosa casualidad en hora buena propicia

(1) Melchor Xufre del Aguila.—"Descubrimiento y conquista de Chile".

(2) "La segunda parte del "Parnaso Antártico" de divinos poemas dirigidos al excelentísimo Príncipe de Esquilache, Virrey y Capitán General del Perú, por el Rey nuestro señor, por Diego Mexia de Farángel, Ministro del Santo Oficio de la Inquisición, en la visita y corrección de los libros, y natural de la ciudad de Sevilla".

(1) "Noticias de los trabajos intelectuales de don José Toribio Medina".—Santiago de Chile, 1907.

(2) A quien le había de dedicar más tarde "La Imprenta en Lima".

para las letras. Navegaba Mejía desde las provincias del Perú a las de la Nueva España, cuando un naufragio le arrojó en Acaju, puerto de Sonsonate. El temor de naufragar una vez más, le hizo ir por tierra a la ciudad de Méjico, que debía ser el término de su viaje. El camino, largo y fastidioso, hecho a paso de rēcua, le obligó a leer un libro de las Epístolas de Ovidio, "el cual para matalotaje de espíritu (por no hallar otro libro) compré a un estudiante de Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme a él; la afición me obligó a repasarlo, y lo uno y lo otro, y la ociosidad, me dieron ánimo a traducir con mi toscó y totalmente rústico estilo y lenguaje, algunas epístolas de las que más me deleitaron." El aislamiento de la Nueva España le fué propicio a Mejía para rematar su obra: "Entusiasmado con resultado tan lisonjero—escribe Medina en su "Biblioteca Hispano-Chilena"—dió cima al trabajo iniciado, y al fin y al cabo se resolvió a enviar años después desde Lima a España los originales para que se publicasen, (puestos bajo la protección de Juan de Vilella, que tan encomiástica aprobación prestara al libro de nuestro licenciado), como en efecto lo hicieron cajistas de Sevilla el año de 1609, con el título de "Primera parte del Parnaso Antártico de Obras Amatorias".

Tras rápido viaje por España, durante el cual frecuentó quince días el Archivo de Sevilla, regresa Medina a Chile en junio de 1877. Los frutos de ese viaje de estudio y de sus prolijas investigaciones en las bibliotecas de Santiago y Lima, habían de trascender en el siguiente año al público en los tres nutridos volúmenes de su "Historia de la Literatura Colonial". A pesar de haber sido premiada esta voluminosa memoria por la Facultad de Filosofía y Humanidades, Medina se vió en la dura obligación de tener que dirigir circulares a varias personas para costear la edición. Una vez impreso el libro, menos de la mitad de los suscriptos no pagaron su ejemplar, encontrándose su autor en la dura prueba de abonar dicho pago a plazos, hasta cubrir la deuda contraída. Y, como en el caso de toda obra seria y meritória, sólo se vendieron del libro contados ejemplares.

Sin embargo, el amor al estudio podía más en Medina que todas las ingratinidades de sus compatriotas: a la moneda deleznable de la indiferencia, respondía él con el oro de un nuevo libro de pura erudición. Fué así cómo realizó un largo y penoso viaje a través de la Araucanía, para conocer de cerca a los indios y su territorio, a fin de documentarse y escribir la obra que había de ser más tarde "Los aborígenes de Chile".

—Nunca pude realizar un viaje más lleno de contratiempos y dificultades—recuerda Medina. —Asediado por los peligros de los asaltos nocturnos cuando fuimos...

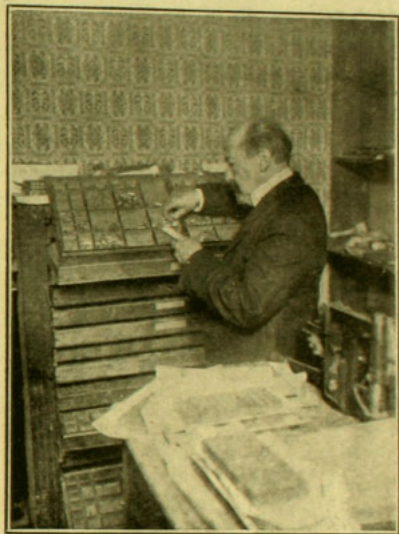
—¿Fuimos? ha dicho Ud? ¿Iba acompañado?—le interrumpimos.

—Sí, me acompañó en ese viaje un gufa, don Basilio—que de paso sea dicho, nada tiene que ver con el del "Barbero de Sevilla"—quien me sirvió mucho. ¡Ah, no lo olvidaré nunca! era un pobre infeliz que no llevaba en el cuerpo más que la camisa y la manta. Si no es por don Basilio, seguramente no regreso del viaje: era él compadre de cierto cacique, a quien le explicó que yo viajaba por negocios de compras de animales, lo cual nos franqueó muchos caminos erizados de peligros. Pero, volviendo a lo anterior, le decía que cuando fuimos a visitar las ruinas de Nueva Imperial, debíamos dormir en la noche, en medio del campo, con el sueño liviano del que tiene la amenaza muy cerca. Los indios nos acechaban: a veces sobre la cabalgadura, otras junto a un árbol, con la rienda presta en la diestra, disfrutábamos de un sueño que a nadie le deseo menos sobresaltado. —¿Cuánto tiempo tardó en escribir, después de este su viaje de estudio, "Los aborígenes de Chile"?

—Calla un instante Medina, como repasando las fechas de aquellos lejanos recuerdos, que se fueron con su fresca juventud, y nos dice:

—Cuando tenía todos los materiales listos y muchos más recopilados sobre la historia de Chile, estalló la guerra contra el Perú y Bolivia, y fui nombrado auditor de guerra del ejército de reserva, viéndome obligado a trasladarme a Iquique. Durante la fabricación de balas en el Parque de Artillería, me cupo una buena parte en aquellas tareas, ideando una especie de canastillo que facilitaba dicha fabricación enormemente: éste y otros insignificantes trabajos atrajeron la atención del general Matu-rana, quien pasó una larga nota al Ministerio de la Guerra, en la que me colmaba de elogios. Ese fué el origen de mi nombramiento. Luego que me encontré en Iquique, fui encargado con una misión para Baquedano, que se hallaba en Tacna, en la víspera del asalto de Arica.

Consistió dicha misión en comunicarle a Baquedano que intentara realizar un ataque combinado con el ejército de Villagrán. En seguida regresé Medina nuevamente a Iquique, donde,

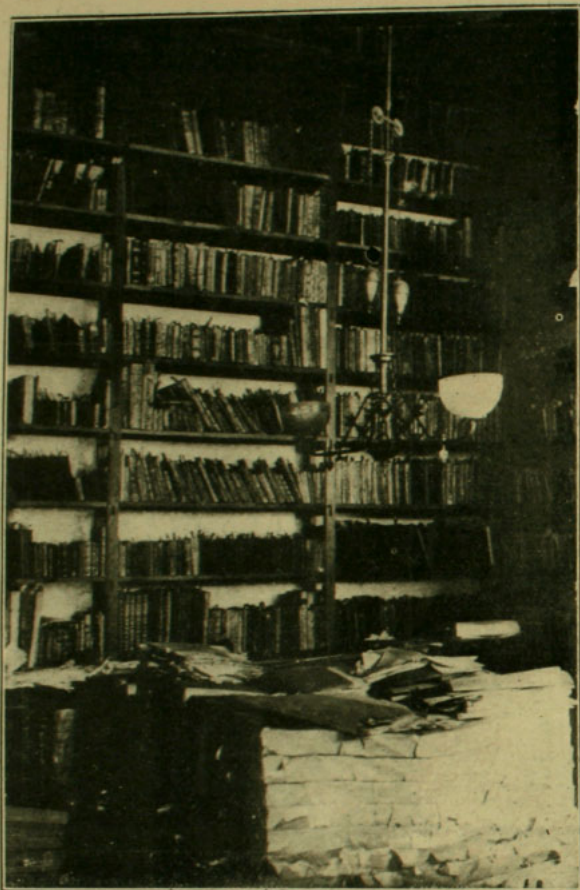


Medina comparte sus trabajos de escritor con los de cajista: no pocas líneas de sus libros han sido compuestas por él

por instancias del Presidente Santa María, quedé con el cargo de juez, poco más de año y medio. De su estadía en el Norte sólo conserva el recuerdo trágico de haberle tocado condenar al primero que fusilaron. Entretanto, sus estudios habían sido interrumpidos; sin embargo, el haber tenido que practicar una visita judicial en la provincia de Tarapacá le permitió estudiar los vastos territorios del Norte, hasta ese entonces casi inexplorados, realizando algunos descubrimientos valiosos, entre los cuales cuenta el de algunos huesos dispersos de un megaterio, diverso del que ha descrito Cuvier. "El doctor Phillippi dedicó esta especie a su descubridor. Ya en años anteriores había dado su nombre a una especie de díptero, nueva para la ciencia, el *Congrophora Medinae*, cuya monografía fué enviada al Congreso Internacional de Ciencias Geográficas de París." (1).

No era, pues, Medina un simple estudioso enamorado de la historia por ese entonces: su maciza cultura científica le encaminaba por de-

(1) Chiappa. —"Noticias acerca de la vida y obras de don J. T. Medina".—Santiago, 1907.



Detalle de la biblioteca

rróteros en aquellos años muy poco recorridos y le iría a servir más tarde en sus deducciones históricas como a Taine y a Buckle, sus estudios antropológicos. ¿Acaso no hay mucho de verdad en aquello de Guerra Junqueiro, de que la historia no es más que una larga experimentación zoológica y que los fenómenos humanos pueden y deben ser estudiados como las variaciones botánicas? Y Medina, antes de darse por entero a las disciplinas históricas, gustó mucho de los estudios de las ciencias naturales y de la astronomía.

Siendo juez en Iquique, había tenido la fortuna de conocer muy de cerca a don Patricio Lynch, quien, a su regreso de Lima, y al ser enviado a España como Ministro Plenipotenciario, le pide al Presidente Santa María nombre a Medina secretario de la Legación, nombramiento que tardó algunos días en extenderse pues el Presidente deseaba colocar en ese cargo a Bruno Larraín Barra, el malogrado autor de "Hypatia".

Era por ese entonces España para Medina el Sancta Sanctorum donde había de encontrar millares de documentos necesarísimos

para los estudios que tenía en preparación: un viaje a la Península cifraba tal vez para él la realización de muchos proyectos largamente madurados. En los archivos españoles se conservaban casi vírgenes los mejores papeles relativos a la historia americana. El Gobierno quiso contribuir positivamente a la labor que iba a realizar el escritor, concediéndole una suma de dinero (2 mil pesos) destinada a hacer sacar copias de aquellos documentos de la historia de Chile, que no existiesen en las bibliotecas de Santiago.

—Trescientos sesenta y cinco volúmenes de quinientas hojas fueron los resultados de mi labor investigadora y documental en la Península,—nos dice Medina,—copiados de los legajos, libros y demás documentos existentes en los archivos y bibliotecas españolas.

Trabajó infatigablemente en el Archivo de Indias, cuyos veinticinco mil legajos demandarían un cuarto de siglo para ser examinados someramente: "bástenos saber que Chile,—ha escrito Medina,—la más pobre de las colonias, está representada por no menos de setecientos legajos, que contienen desde las cartas de Pedro de Valdivia, copiadas con letra tan clara y en tal estado de conservación, que parecen escritas ayer; hasta las notas de García Carrasco, que dan fe de sus vacilaciones, dudas y errores ante el asomo de los primeros síntomas de revuelta que, bajo apariencias tímidas y encubiertas, dejan vislumbrar los hasta entonces sumisos habitantes de este país".

En Sevilla permaneció largo tiempo, realizando investigaciones en el archivo notarial y en las valiosas bibliotecas del Duque de T'Serclaes y del Marqués de Jerez de los Caballeros.

El archivo de Simancas le retuvo fecundas horas entre sus legajos, donde hizo valiosos hallazgos de documentos relativos a la Inquisición en América: "Nuestros investigadores más diligentes—dice Medina—apenas si habían podido descubrir algunos trasuntos de lo que aquel tremendo Tribunal había sido en Chile, y, sin embargo, se ven allí en tan rico caudal las piezas más interesantes y curiosas, que su publicación, (si es que todo pudiera publicarse), demandaría volúmenes enteros."

También dedicó continuas horas de labor a los manuscritos y volúmenes existentes en las bibliotecas y archivos de la Academia de la Historia, en la Biblioteca Nacional, en la Sección de Manuscritos de la del Escorial, en la de Alcalá de Henares, en el Ministerio de la Guerra y en el Depósito Hidrográfico. Es de suponer lo que pudo significar para Medina un trabajo semejante de comprobaciones, copias, lecturas difíciles que requieren larga preparación filosófica, descifrar manuscritos comidos por la humedad y cuyos caracteres ha borrado la acción de los años, tomar aquí una nota,

leer muchas veces un volumen para comprobar una cita y verificar centenares de textos mal transcritos de copias hechas por pendolistas poco escrupulosos. A no haber realizado Medina dicha labor, todavía estaríamos a oscuras en muchos puntos capitales de la historia americana: recordemos tan sólo el caso de Lea, que, auxiliado por los libros suyos, ha completado su Historia de la Inquisición, con un volumen dedicado a América.

—¿En Madrid hizo Ud. frecuente vida de diplomático, no faltando a las recepciones y a las fiestas de la Corte?—le hemos preguntado a Medina.

—Cumplía con las obligaciones oficiales—nos ha respondido—y frecuentaba algunas amistades que eran de mi dilección. Por ese entonces conocí de cerca, llegando a ser muy buenos camaradas, a Monseñor Della Chiesa, el actual Pontífice Benedicto XV. Era el secretario del entonces Nuncio ante el Rey de España, Monseñor Rampolla, quien me había invitado a su casa para tratar de los asuntos de Chile, cuyas relaciones con el Vaticano estaban interrumpidas. Por ausencia del almirante Lynch, yo quedé como Encargado de Negocios, lo cual me acreditaba para ventilar los asuntos diplomáticos de la Legación. En tales circunstancias, había intimado con el secretario, con quien íbamos todas las tardes al Congreso a escuchar el gran debate sostenido entre Cánovas, Zagasta y Castelar. Por esos días llegó a Madrid don Marcial Martínez, Ministro de Chile en Londres, aquel año del 84. Una tarde invité a don Marcial a escuchar el debate desde la tribuna diplomática; nos tocó en suerte asistir a una sesión memorable, lo cual me indujo, una vez terminada, a preguntarle al señor Martínez:—¿Qué le pareció, don Marcial?—como esperando oír de sus labios una expresión de asombro y admiración ante aquella oratoria de oro puro. Pero, cuál no sería mi sorpresa, al escuchar que don Marcial me respondía:—Principiantes, principiantes, hombre...

—De sus impresiones de estudioso en la Península, de sus amistades literarias y de sus búsquedas eruditas, ¿conserva usted recuerdos gratos? pues no sería el suyo el primer caso de haber tenido duras dificultades en sus investigaciones.

—Eso, no; a mis amigos de España le debo atenciones exquisitas. Como recuerdos agradables, no olvidaré jamás la emoción que sentí en la iglesia de Santa María, en Alcalá de Henares, cuando leí la partida de nacimiento de Cervantes. Respecto de mi amistad con escritores, puedo decirle que a menudo tenía de visita a Núñez de Arce en la Legación; que a Campoamor y Menéndez y Pelayo les veía frecuentemente (no olvido qué fué él quien me propuso en la Real Academia de la Lengua); y casi a diario charlaba con el bueno de don Manuel del Castiello, con Tamayo y Baus, entonces Director de la Biblioteca Nacional, con el erudito don Aureliano Fernández Guerra; con los americanistas don Marcos Jiménez de la Espada, don Justo Zaragoza, don Cesáreo Fernández Duro, don Adolfo Herrera, con quien íbamos todos los domingos a los toros, pues estábamos abonados.

Encima de la mesa de trabajo de Medina vemos la última obra de Herrera "El Duro" (estudio de los reales de a ocho españoles y de la moneda de igual o aproximado valor labradas en los dominios de la corona de España), que le acaba de remitir desde Madrid su autor. Hojearnos los dos

enormes volúmenes, magníficamente impresos, y encontramos a menudo citas de sus obras. Herrera es también el autor del libro "Las medallas de Proclamaciones y juras de los reyes de España".

—¿Tuvo ocasión de conversar con el rey alguna vez?

—Sí. En dos ocasiones nos recibió con amabilidad exquisita, a pesar de que la reina, sobrina del infortunado Emperador Maximiliano de México, veía con malos ojos a todos los americanos...

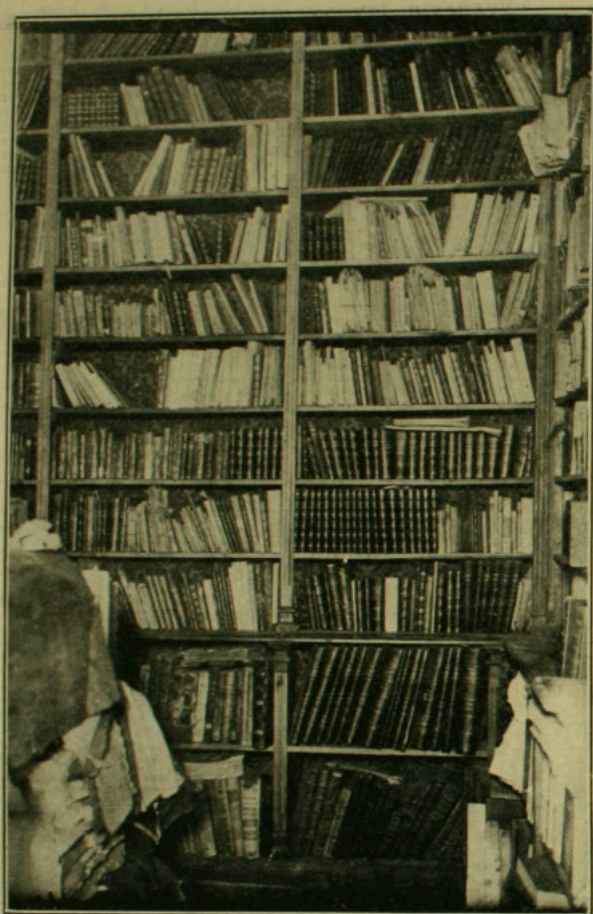
—¿Cuál fué el resultado que Ud. estima más importante para su labor documental, obtenido en ese viaje a la Península?

—Sin lugar a dudas todos los papeles que descubrí sobre la Inquisición en América. Recuerden ustedes mis volúmenes sobre el Tribunal del Santo Oficio en Lima y Chile, y allí encontrarán muchas noticias sobre lo que significó para mí la labor de tal estudio en los archivos españoles.

En efecto, hemos hojeado la "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima" y la "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile" y en las introducciones de ambas obras hemos leído lo siguiente: "Cuando a fines de 1884 penetraba en el monumental archivo que se conserva en la pequeña aldea de Simancas, estaba muy lejos de imaginarme que allí se guardarán los papeles de los Tribunales de la Inquisición que funcionaron en América, ni jamás se me había pasado por la mente ocuparme de semejante materia. Comencé, sin embargo, a registrar esos papeles en la expectativa de encontrar algunos datos de importancia para la historia colonial de Chile; y, al mismo tiempo que vi coronados mis propósitos de un éxito lisonjero, fulme engolfando poco a poco en su examen, hasta llegar a la convicción de que su estudio ofrecía un campo tan notable como vasto para el conocimiento de la vida de los pueblos americanos durante el gobierno de la metrópoli. Pude persuadirme, a la vez, que cuanto se había escrito sobre el particular estaba a enorme distancia de corresponder al arsenal de documentos allí catalogados, al interés y a la verdad del asunto que tenía ante mis ojos." "Estos materiales (documentos para el Tribunal del Santo Oficio en Chile), existían, sin embargo, enterrados en un oscuro aposento—el Cubo de la Inquisición—del monumental Archivo de España establecido en el Castillo de Simancas; y con ellos a la vista hemos de proceder a relacionar las causas de la fe que se desarrollaron en Chile."



La sección tipografía de su imprenta particular



La tercera sala de la biblioteca

—¿No publicó alguna obra suya durante su estadía en España?

—Nada de importancia, en realidad. Todas las horas que me dejaban libres mis ocupaciones diplomáticas, las dedicaba al estudio y copia de documentos para la colección de Historiadores de Chile y para mis obras sobre el Tribunal del Santo Oficio... ¡Ah! un recuerdo que debo consignar por haber causado un doloroso trastorno en mi vida: fué la noticia de la muerte de Vicuña Mackenna, que me dolió como si hubiese sido la de mi segundo padre.

El año 86 regresó Medina de España para contraer matrimonio en diciembre con la que es hoy la ejemplar compañera de su vida, la señora Mercedes Ibáñez y Rondizzoni. Desde el año siguiente, 1887 hasta 1892, fecha de su tercer viaje, da a la estampa las siguientes obras, que son el mejor testimonio de su labor enorme, casi incomprensible: "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima", dos volúmenes; "Biblioteca Americana", catálogo de su colección de libros relativos a la América Latina con un ensayo de bibliografía

de Chile durante el período colonial; "Las Guerras de Chile", poema histórico por el sargento mayor Juan de Mendoza Monteaigudo; "Histórica Relación del Reino de Chile", reimpressa con una introducción biográfica y notas; "Colección de documentos para la Historia de Chile", cuatro volúmenes; "Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional", cuatro volúmenes; "Cosas de la Colonia"; "Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile"; "Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile" por Felipe Gómez de Vidaurre, con una introducción biográfica y notas, dos volúmenes; "Catálogo de la colección de mapas, planos y vistas relativos a Chile"; "La Imprenta en América", epítome; "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile", dos volúmenes; "La Imprenta en Lima", epítome; "Biografía de la Imprenta en Santiago de Chile"; "Monedas y medallas hispano-americanas".

Los acontecimientos de la revolución de 1891 interrumpieron esta su labor fecunda. Ratos muy desagradables tuvo que vivir en aquellos días agitados: como partidario de la causa del Presidente Balmaceda, se le consideró enemigo peligroso; y, cosa extraña, por tres veces fué allanada su casa, por creerse que en su imprenta particular se imprimían las proclamas revolucionarias que circulaban en la ciudad y más de una vez también el arrojó de uno de sus mejores amigos, el inglés Mr. W. B. Calbert salvó su casa y con ella el tesoro inapreciable de su biblioteca, de las turbas exaltadas que pretendían saquearla. Horas amargas de sobresalto fueron aquellas que le tocaron vivir en pleno período revolucionario, hasta

que al fin, perseguido de todas maneras, se vió obligado a marcharse a la República Argentina. Los meses de destierro que tuvo que soportar en Buenos Aires los aprovechó en la preparación de su obra "Historia y bibliografía de la Imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata", cuya impresión costó el Museo de la Plata, gastando en ello cerca de doce mil nacionales. La edición es cuanto de más primoroso se puede exigir: "Los pliegos de esta obra pasaron cinco veces por las prensas, empleándose en sus estampas cuatro procedimientos: grabado en madera (algunos retratos), zincografía (láminas de impresos), litografía (fac-símiles, fototipia (láminas mayores.)" (1).

—¿Cuánto tiempo alcanzó a permanecer en Buenos Aires?

—Sólo ocho meses, desde marzo a octubre del 92. Los sucesos de la revolución me obligaron a partir solo y aguardar que mi esposa

(1) Chiappa.—Bib. Med.

me encontrase en Buenos Aires algunos meses más tarde.

—¿Ya contaría usted con muchas relaciones intelectuales en la vecina República, debidas a sus obras?

—A Mitre le conocía bastante. Me ligó a él una de esas amistades que perduran a través del tiempo. ¡Cuántas atenciones exquisitas le debimos mi mujer y yo! Casi a diario tenía ocasión de encontrarme con él en su biblioteca. Por ese entonces estaba ardentemente ocupado en su traducción del Dante. También fui amigo muy de cerca con los Carranza, hombres de mucha cultura y de una bondad imponderable para conmigo...

Como de improvisó corta Medina la hilación de su discurso; piensa un instante, se sonríe sabrosamente y nos dice:

—Le voy a contar algunas anécdotas muy divertidas de un amigo muy íntimo que tuve por ese entonces en Buenos Aires, y que era un bibliógrafo... más bien debería decir un bibliómano, consumado. Tanto fué su amor por los libros que en él se confundía sin reparos con la cleptomanía... Y va de cuento: un día solicitó permiso para visitar la valiosa biblioteca de los Franciscanos de Córdoba. Como en el convento no ignoraban del todo las aficiones de mi amigo, le concedieron dicho permiso, pero no sin antes ordenarle a un lego que no le abandonase un instante. Mirando por aquí en los anaqueles y busca buscando, vió en un rincón hasta cinco ejemplares del primer libro impreso en la Argentina, las "Laudationes quinqüe", de Bernabé Echeñique, en honor de Duarte Quiroz, publicado en Córdoba de Tucumán en 1766. Para un bibliógrafo como mi amigo, este hallazgo era inapreciable. El pensó: ¿cómo obtener un ejemplar? Caviló un instante y recurrió a una treta ingeniosísima: cuando estaba más descuidado el lego, que no le perdía pisada, fingió un desmayo, y cayó redondo al suelo. El lego, al ver esto, dió voces de socorro y corrió disparado a dar aviso. Tranquilamente mi amigo tomó los cinco ejemplares y los colocó en los bolsillos especiales que tenía en su sobre todo para tal objeto. Más tarde le obsequió uno de éstos al general Mitre, quien, a su vez, me lo regaló a mí, y que es el que tengo ahora en mi biblioteca...

—¡Deliciosa la anécdota!—alcanzamos a decir cuando Medina nos replica:

—Oiga usted otra no menos sabrosa. Supo este mi amigo que iban en viaje a Roma algunos frailes franciscanos del convento de Ocopa, Bolivia, llevando un magnífico cargamento de libros raros. Saberlos y trasladarse a Salta todo fué uno. Por allí debían pasar los viajeros. El día de la llegada de éstos se instaló con varios soldados en la plaza de Salta, no sin olvidar llevar antes numerosos perros bravos. En la tarde, cerca ya de la oración, los cencerros advirtieron a lo lejos el paso de las récuas. Al desembocar las mulas en que cabalgaban los frailes, llevando su carga fueron soltados los mastines y se dispararon algunas armas de fuego. El susto y la confusión lo desbarataron todo: rodaron los sacos por el suelo, huyeron sus dueños, y los libros quedaron en poder del interesado. Entre estos volúmenes tuve la fortuna de conseguirle a mi amigo me cediera, para obsequiarle a Mitre, un ejemplar de "La Vida de Cristo", del Padre Bertonio, impresa en 1614, en July, una de las ciudades del interior de Bolivia que con tó con una riquísima imprenta, de la cual salieron obras que hoy son tesoros bibliográficos.

—Hace pensar esta anécdota en una de esas saladas escenas del "Gil Blas".

—Y, sin embargo, nos agrega Medina, no quito ni pongo un punto: es una historia auténtica que en Buenos Aires la conocen muchos y que mi amigo refería a cuántos querían oírlo. A pesar de haber muerto hace algunos años, no doy su nombre, por respeto a su memoria.

En octubre del 92 partió Medina, acompañado de su esposa, a Europa. Desembarcó en Cádiz, donde le ocurrió un incidente digno de ser referido. Llevaba treinta ejemplares de su obra impresa en Buenos Aires, con las respectivas

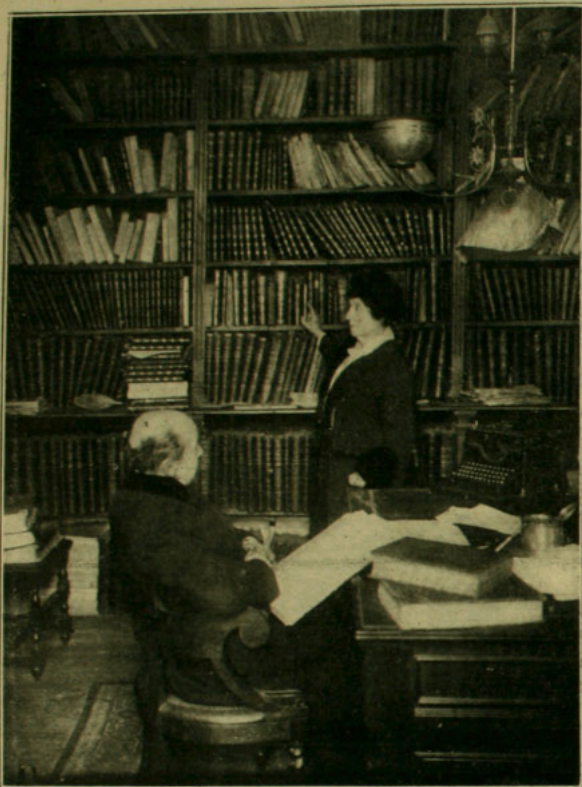
dedicatorias, para ser repartidos en España. Al querer retirar el cajón de la Aduana, le cobraron doscientas cincuenta pesetas de derecho. Medina, como era natural, se negó a pagarlas, renunciando a retirar los libros. Poco tiempo más tarde, estando en Sevilla, el Cónsul de Chile le comunicó que una señora ofrecía despacharlos de Cádiz, previo el pago de cincuenta pesetas. Gustoso accedió y obtuvo sus libros.

—En Sevilla—nos refiere Medina—había tertulia diaria, ora en casa del duque de T'Serclaes, ora donde el Marqués de Jerez de los Caballeros, cuyas bibliotecas, (vendidas hace algún tiempo a Mr. Archer Huntington, fundador de la Hispanic Society of América), constitúan por ese entonces el mayor tesoro bibliográfico particular de la Península. (Recordamos que en alguna parte de sus libros habla Menéndez y Pelayo de la valiosa colección de novelas españolas del duque de T'Serclaes, como de una de las únicas completa en España). Allí iban Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Gestoso y Pérez, autor de la obra "Sevilla monumental, y artística"; Valdenegro, cuyo libro "La Imprenta en Córdoba", es un monumento de erudición; Chávez, autor de "El periodismo en Sevilla"; el doctor Hazafas y la Rúa, que ha publicado las obras de Gutiérrez de Cetina y un tomo sobre "La Imprenta en Sevilla"; Montoto, poeta apreciadísimo; Leopoldo Cano, Serrano, Carlos Jiménez, el doctor Laso de la Vega. A esa reunión no faltaba el impresor, que editaba sus obras, don Enrique Rasco, muy conocido y estimado en toda Sevilla. En esas reuniones siempre se trataba de materias literarias, y se hacía labor provechosa en el seno mismo de las bibliotecas del duque de T'Serclaes y del marqués de Jerez de los Caballeros.

Durante ese viaje, en España trabajó asiduamente documentándose para publicar su "Biblioteca Hispano Chilena" y para componer su volumen sobre Vasco Núñez de Balboa. Recogió cuánto le fué posible sobre la Imprenta en América. Dió a la estampa su "Descubrimiento del Río de las Amazonas", publicado en lujosa edición a expensas del duque de T'Serclaes y dedicado también a él. El Archivo de Indias le vió a diario aguardando sus horas de acceso para dedicarse a la obra de compulsar toda clase de manuscritos y documentos, pagando a



Precioso estante tallado en el cual se conservan ediciones raras, que constituyen tesoros bibliográficos



La esposa del historiador ha sido hasta hoy su mejor colaboradora

peso de oro a los copistas los trabajos que necesitaba traer consigo a Chile. Publicó además en España una "Nota bibliográfica sobre un libro impreso en Macao en 1590", la "Doctrina cristiana y catecismo" del Padre Luis de Valdivia, un "Brevisimo epitome de la Imprenta en Manila", una linda pequeña edición de un "Catálogo de libros españoles cuya descripción bibliográfica solicita J. T. M."

—Muchas dificultades encontré para su labor en los Archivos Españoles? Recordamos los casos de numerosos investigadores extranjeros que habiendo ido a trabajar a España en eruditas buscas bibliográficas, se vieron obligados a desistir de sus empeños ante los inconvenientes que encontraban por doquiera en sus labores.

—Mis amistades me valieron de mucho y me ahorraron a veces incomodidades que en otro caso tal vez hubieran dado al traste con todo mi empeño. Pero, ya verá Ud. más adelante, lo que me han costado algunos de mis libros más recientes.

En efecto, en una de las últimas obras del docto Rodríguez Marín encontramos una referencia sobre Medina que prueba sobradamente la altísima estimación en que tiene al autor de la "Biblioteca Hispano-Chilena". Al dedicar un curioso artículo a sus trabajos en el Archivo de Protocolos de Sevilla, dice: "Inagotables es aquel

venero histórico hispalense; tanto abunda en documentos peregrinos, que hay para ir gastando en libros, opúsculos y conferencias, para guardar, y aún para regalar a todo amigo necesitado o curioso; y, con todo esto, allí se está la cantera como si a ella no hubiesen tocado. Yo dí al eximio historiador chileno don José Toribio Medina obra de una veintena de copias de escrituras que otorgó el famoso cosmógrafo Sebastián Caboto... etc."

En 1896 regresó Medina a Chile. Cerca de cuatro años había permanecido en la Península, enteramente dedicado a sus labores bibliográficas. Siete reside en Chile, antes de emprender el mayor de sus viajes, para documentarse y componer sus libros sobre la Imprenta en América. Durante esos años publica más de setenta y ocho volúmenes, que representan el resultado de todas sus búsquedas; muchos de esos libros son publicaciones de documentos anotados sobre la Historia de Chile, otros volúmenes bibliográfico-críticos y no pocas obras de historia y de erudición; trabajo abrumador, digno de un docto benedictino, que sólo compartiese sus horas de labor entre el breviario y la mesa de redacción.

Desearo de terminar sus trabajos sobre la Imprenta en América, parte, pues, a fines de 1902. Todo el material que había recogido en Europa era aún insuficiente; necesitaba ir de ciudad en ciudad y de biblioteca en biblioteca en América para visitar cada lugar donde hubiesen funcionado imprentas durante la colonia: Lima, Guatemala,

la, México. La ciudad de los Virreyes será el primer alto en su peregrinación de estudio. Ricardo Palma, a quien le ligaba una sincera amistad desde su primera estada en Lima cuando Medina fué testigo de su boda, le acoge dándole toda clase de facilidades y aún cuando no había olvidado que los soldados chilenos vencedores el 79 le habían saqueado su casa de Barranco. Poco más de tres meses se detuvo en Lima, dejando terminada la documentación para su volumen "La Imprenta en Lima".

Continuó en viaje a Guatemala, donde estuvo cerca de sesenta días.

—Nunca olvidaré—recordaba Medina— las atenciones obsequiosas que debo a los guatemaltecos. Mi sala de trabajo era la Corte Suprema y a un paso del cuartel de policía, donde fusilaban a diario. Mis mejores amigos fueron allí don Antonio Batre Jáuregui, diplomático y escritor; don Agustín Gómez Carrillo, historiador, padre del conocido cronista Enrique Gómez Carrillo. Un día el Presidente Estrada Cabrera me hizo anunciar que me recibiría en audiencia, pero, oportunamente aconsejado por un benévolo amigo, desistí de la visita. Este mi amigo me advirtió que en la sala presidencial donde debía ser recibido había dos cortinas y tras ellas varios oficiales con revólver amartillado, prestos para disparar sobre la visita si ésta hacía un movimiento que se pudiese considerar

sospechoso. He aquí la razón por qué no le hice la visita de rigor a pesar de serle deudor de delicadas atenciones. Creo po'e'le explicar lo que era por ese entonces aquella República con decirle que para abandonar Guatemala se necesitaba autorización del ministro del interior y para embarcarse en San José un telegrama del Presidente de la República, de lo cual no se exceptúan ni los Ministros diplomáticos, como puede corroborarlo Beltrán Mathieu... Olvidaba decirle que en Guatemala tuve la fortuna de encontrarme con un letrado muy inteligente, don Ramón Salazar, autor de una "Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala".

—¿Tiene que decir otro tanto de Méjico?

—No; en ningún caso. Por la inversa, todo fué aquí atenciones y gentilezas. Desembarcamos en el Puerto de Salinas Cruz, mi esposa y yo, y encontramos desde el primer instante, personas amabilísimas que tenían noticias de nuestro arribo. Durante nuestro viaje en ferrocarril a Méjico, tuve ocasión de leer en un periódico, creo que se llamaba el "Mexican Herald", un elogioso saludo de bienvenida, en el cual se noticiaba sobre el objeto de mi viaje. A los dos o tres días de estar en la capital, fui recibido en audiencia por el Presidente Díaz, quien me colmó de atenciones, ordenando que se me diesen amplias facilidades. Recuerdo que don Porfirio me preguntó si era efectivo que el Gobierno de Chile pensaba acreditar como Ministro en Méjico a don Joaquín Walker Martínez. Como yo asintiese a la pregunta suya, él no pudo contener un gesto de disgusto, dando a entender claramente que en Méjico no sería bien recibido. Cref yo de mi deber comunicarle esto al señor Riesco, entonces Presidente, quien le dió más tarde mi carta a leer al propio señor Walker acarreadome su enojo. Yo no había hecho otra cosa que prevenir al Gobierno chileno y al señor Walker para que se evitaran malos ratos y posibles complicaciones. Felizmente, creo que más tarde don Joaquín, comprendiendo mi intención, no me llevó el hecho a mal.

En Méjico debió Medina muchas atenciones mientras realizaba sus trabajos bibliográficos, a don Vicente P. Andrade, autor de una "Bibliografía de Méjico en el siglo XVII", que puso su riquísima biblioteca a su disposición; a don Luis González Obregón, autor de "Méjico Viejo"; al licenciado Genaro García, investigador eruditísimo, editor e ilustrador de las obras de Bernal Díaz del Castillo, para quien le obtuvo una copia del retrato que existe en Guatemala; al doctor don Nicolás León, gran arqueólogo y bibliógrafo; a don Joaquín Casasús, diplomático y poeta, buen traductor de los poetas latinos; a don Amado Nervo, conocido además de sus volúmenes líricos, por su curioso estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz; a don José María de Agreda y Sánchez, segundo Director de la Biblioteca Nacional y poseedor de la más rica biblioteca mejicana que exista en cuanto a obras raras; al licenciado Chavero, diplomático y escritor.

—Una de las cosas que sentí hondamente—recuerda Medina—fué no poder consultar la valiosa biblioteca de García y Calvaceta, que había muerto.

—¿Qué ciudades visitó en Méjico?

—Muchas y de muy linda y peligrosa manera: Puebla, Guadalajara, Guajaca, Guanajuato, Veracruz, Querétaro. Algunos de estos viajes fueron realizados en diligencias, otros a lomo de cabalgadura, varios en ferrocarril. Con razón no faltaba quien considerase

a mi mujer como una heroína, pues ella me acompañó a todas partes, hasta el último y más apartado rincón.

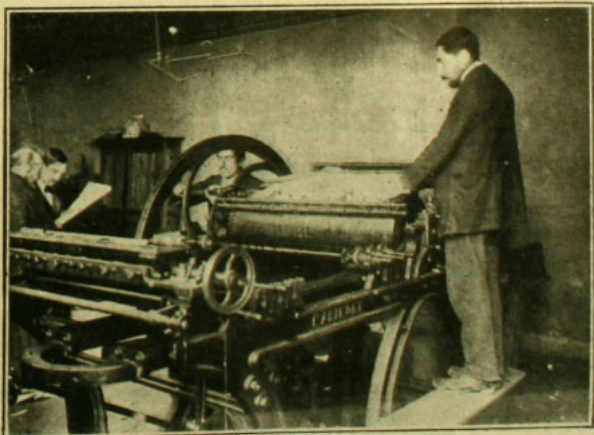
Terminada su misión, partió en viaje a Francia y luego a Italia. En la Biblioteca del Vaticano, encontró cordial acogida en el sacerdote jesuita Era, quien le dispensó muchas atenciones, pues conocía su obra. Le dió toda clase de facilidades, hasta el punto de poner a su disposición bibliotecas que acababan de ser adquiridas y que aún no estaban catalogadas. Prosiguiendo en su viaje de estudio, visitó la biblioteca de Turín, donde encontró el primer ejemplar de que se tiene noticia del Chilidugu del Padre Havestadt, impreso en el Monasterio de Münster, en 1777.

Regresaba a Chile Medina en 1904, trayendo millares de documentos y apuntes para emprender la publicación de la imprenta en América; para comprender lo que significó este su viaje de estudio a través de tantos países, sería menester recordar las peregrinaciones eruditadas del insigne Menéndez y Pelayo, insaciable e inteligente espurgador de archivos y de legajos cosmopolitas. Análoga a la obra del autor de la "Historia de las ideas estéticas en España", es la de Medina, aunque ella se haya orientado en un sentido un tanto diverso: más histórico y bibliográfico que literario.

Más de sesenta volúmenes son el fruto de su labor durante los ocho años que permanece en Chile después de su último viaje; publica todos sus trabajos sobre la imprenta, algunos de los cuales, como "La imprenta en Lima" e "Imprenta en Méjico", son tal vez los mayores emporios bibliográficos que se han dado a la estampa en la América indo-latina. ¿Qué decir también, que ya no haya sido señalado allende y aquende los mares de su "Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Méjico", del "Diccionario Biográfico Colonial de Chile", de su historia "El veneciano Sebastián Caboto", de su primorosa edición de "La Araucana"? Son todos ellos títulos que completan la vasta labor comenzada a los veinticinco años.

Pero, recordemos ahora lo que le significó a Medina el trabajo de su obra predilecta, la que llena sus mejores horas y que constituirá en el futuro el mayor título de gloria para este erudito: sus trabajos y publicación de documentos sobre Ereñila.

Tuvo noticias en 1903 Medina de que el sabio cervantista don Cristóbal Pérez Pastor poseía multitud de documentos valiosísimos sobre Ereñila y que cedería el derecho de copia de ellos por la cantidad de seis mil francos. Presentó



La prensa impresora de la imprenta



Talleres de encuadernación

Medina una solicitud al Consejo de Instrucción Pública, a fin de que insistiera ante el Gobierno para que se consultara dicha cantidad en los Presupuestos, pudiendo realizarse la adquisición del derecho de copia de los documentos ercillanos. Sin embargo, fracasó tal proyecto en la Cámara donde se estimó inútil semejante gasto. En espera de poder publicar Medina algún día los documentos sobre Ercilla junto con el texto de "La Araucana", la había impreso en 1903; pero como negó su apoyo el Congreso fué preciso que la diera a la publicidad en 1910, aprovechando la fiesta del Centenario.

Como Pérez Pastor no había encontrado comprador para dichos documentos, pensó utilizarlos en su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua; pero murió sin llegar a incorporarse, siendo obsequiados los documentos por los herederos del extinto a la Real Academia, la que, a su vez, como un homenaje a sus donantes, le encomendó a Rodríguez Marín su publicación, cosa que no pudo hacerse, y a la cual éste había renunciado en definitiva por estar entregado del todo a sus estudios cervantistas.

Así estaban las cosas cuando partió a España Medina, a proseguir de cerca ahora sus gestiones para la posesión de los documentos.

—Una vez en Madrid—nos dice don José Toribio—insinué la idea de realizar el trabajo que seguramente Rodríguez Marín no emprendería; pero se me dijo que si aquél no lo hacía por el momento, lo había de emprender más tarde. Algunos días después manifesté deseos de ver el testamento de Ercilla que se conserva en la Real Academia, a lo cual se negó ésta terminantemente, o más bien dicho, el secretario señor Catalina, que era allí omnipotente, alegando que sería desdoro para España que un extranjero hiciera esa publicación. En vista de tales negativas, yo me lancé, por mi parte, en busca de los documentos originales, tarea que no era fácil, porque la entrada en el Archivo Notarial de Madrid era poco menos que imposible, siendo, como es, de propiedad particular, sin antes sufragar derechos prohibitivos, cuales son los de pagar treinta céntimos por cada año de antigüedad del protocolo que se consulte y que en el caso que me interesaba eran los de doscientos veinticuatro notarios obrados en el espacio de treinta años, suma que por sí sola habría excedido a todo el Presupuesto de Instrucción Pública de Chile, sin contar con

los derechos de búsqueda, de copia y de autorización. Pero la cuestión era entrar al Archivo Notarial, (a aquel Sancta Sanctorum al cual no tenía acceso ni el propio Director de la Biblioteca Nacional, Rodríguez Marín), gastando en estas gestiones semanas y semanas, sin que me valiera un ápice la comisión que el Gobierno de mi país me había conferido (para estudiar la organización de aquel Archivo), pues al cabo de consultas y trámites se resolvió que la entrada me sería permitida en las condiciones de cualquier hijo de vecino, esto es, pagando los derechos correspondientes. Sin desmayar por nada de esto, moví entonces los resortes del empeño, habiendo sido al fin la llave maestra de todo el Marqués de Laurencin, Secretario del Senado, quien logró del Ministro de Instrucción Pública, una carta de su puño y letra para el archivero. Quedaba por doblegar la voluntad del encargado del Archivo, sargento de caballería y hombre listísimo que, en previsión de que se le asaltara, tuvo la precaución de colocarse revólver al cinto y hacerlo notar con cualquier pretexto. Entonces, la tarea comenzó a facilitarse. Merced a recursos de ingenio y a los no menos eficaces del bolsillo y al cabo de seis meses de labor diaria, se completó la obra de las copias para partir al día siguiente de Madrid en dirección a Chile. Se habían gastado treinta y cinco mil pesetas y traía en mi poder seiscientos documentos ercillanos. A mi llegada a Santiago recibí la agradable nueva de que los seis mil pesos con que el Gobierno auxiliaba la publicación de esos documentos habían sido devueltos a la Tesorería por ausencia del que debía editarlos... ¡Debo agregarle que, publicado el libro, no se ha vendido un solo ejemplar!

Mientras recordamos estas últimas palabras de Medina, pronunciadas con amargura, como quien recuerda la conducta ingrata de un hijo, le decimos:

—Pero, en cambio, no olvide Ud. que en España todo un Marqués de Laurencin ha dicho a la Real Academia de la Lengua, lo siguiente, en un informe elogiosísimo: "No tendréis, pues, por exagerada, si por gráfica y exacta, mi afirmación de apellidar soberbio e impercedero monumento el erigido por los nobles arrestos del ilustre publicista chileno a la memoria de Ercilla. Del íntimo maridaje del genio poético y el heroísmo español, surgió la epopeya sin par de *La Araucana*. Necesitaba un comentarista digno de ella y lo ha encontrado en don José Toribio Medina."

—Tal ha sido, pues, amigo, mi labor: mucho trabajo y muchos desengaños.

Queremos apartar el ambiente de tristeza que reina en ese instante; mientras Medina nos alarga una carilla de prueba de sus últimos volúmenes sobre Ercilla, le decimos:

—Para completar nuestro estudio, quisiéramos que nos contara algo de su biblioteca, de las riquísimas ediciones que ella encierra: los libros que han sido, con su digna esposa, los más fieles amigos de su vida de estudiosos, guardarán muchos recuerdos gratos y muchas impresiones de sus primeros años de labor.

—En efecto, mi biblioteca representa la mitad de mi vida. ¡No es posible imaginarse ni relatar los sacrificios que ella me ha costado. Para mí, el desiderátum en materia de libros han sido las Araucanas. No tengo completas todas las ediciones, me falta la edición príncipe de la primera parte, impresa en 1569. Sin embargo, pienso que pude obtenerla y... me quedé sin ella. A mí fué a quien primero me ofreció en venta el ejemplar que poseía el librero don Mariano Murillo; yo había descripto ya en mi Biblioteca Americana tal volumen, y así, pues, fué grande la sorpresa de Murillo cuando al mostrarme el ejemplar, después de hojearlo, le hice notar que le faltaba el retrato de Ercilla que, contra lo acostumbrado, iba colocado en la última página. Fué necesario que Murillo mandase ver el ejemplar que existía en el Museo Británico para que se convenciese. Hizo fotografiar dicho retrato y de este modo completó su volumen para venderlo a Huntington.

Medina ha coleccionado su Biblioteca en el espacio de cuarenta años. "El objeto a que ha obedecido su formación ha sido, principalmente, el de reunir las producciones tipográficas de la América latina desde que en ella se estableció el arte de la Imprenta hasta que terminó la dominación española. El período que abarca la parte relativa a Cuba alcanza sólo hasta 1810, y es vario en las demás naciones del continente. Llega hasta esa fecha en la Argentina, en Chile hasta 1817, en Méjico y Guatemala hasta 1821, en el Perú hasta 1824, *et sic de coeteris*." Cuenta actualmente dicha Biblioteca más de doce mil volúmenes, de entre los cuales los libros mejicanos suman más de ocho mil títulos, el resto se compone de obras americanas, especialmente relativas a la Colonia. A la parte moderna de su librería le concede poca importancia. En varias ocasiones John P. Winship, bibliotecario de la John Carter Brown Library, le ha hecho ventajosas proposiciones para adquirirla y otro tanto la Universidad de Harvard.

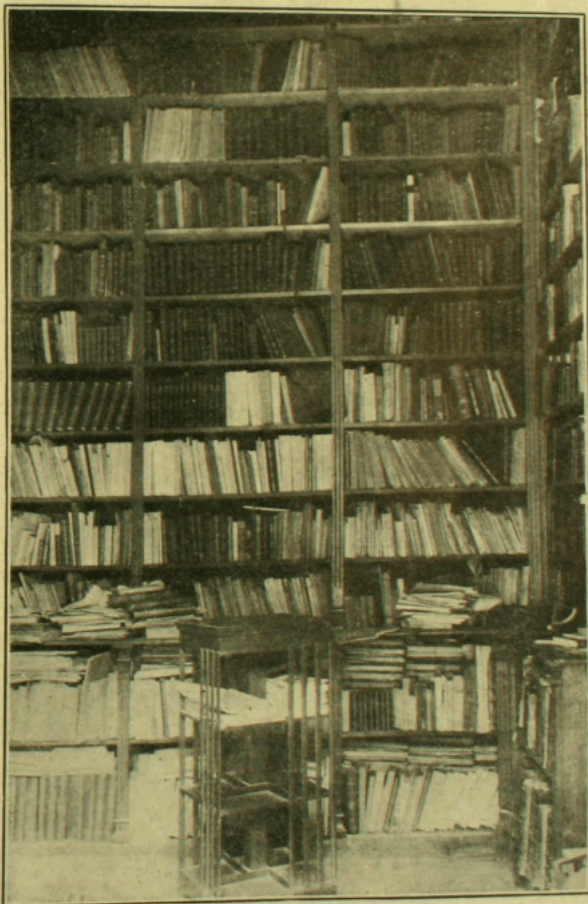
Medina comprende que la mejor explicación, que puede darnos de los tesoros bibliográficos que guarda en sus anaqueles, será haciéndonos verles. Cruzamos dos salas colmadas de libros, que en sus estanterías se alinean de un modo imponente, hasta tocar lo alto del cielo de la pieza, para encontrarnos en un amplio salón confortable: arrimados a los muros hay varios estantes tallados, que denuncian su prosapia tradicional. Durante algunos minutos desfilan ante nuestros ojos hermosos incunables admirablemente conservados, pequeños volúmenes ricamente encuadrados, ocultos en estuches sencillos: libros, que denuncian la característica huella del tiempo en sus hojas carcomidas y en sus márgenes manchados por la humedad: he aquí el primer volumen impreso en la América del Sur, un ejemplar admirable de la "Doctrina de lengua quichua", impreso en Lima en 1584, con una firma autógrafa del Padre Acosta.

—Por esta obra—nos dice Medina—me han ofrecido seis mil marcos. Tiene una historia curiosa: cuando se estaba imprimiendo, el Papa Gregorio XIII quitó diez días al calendario lo cual ocasionó trastornos curiosísimos en la época; hubo entonces que detener el trabajo de la imprenta para dar a la estampa por la misma prensa, la Real Cédula que incorporaba la orden pontificia, en la cual se ordenaba el vacío del calendario. Así, pues, son ambas dos impresiones casi simultáneas.

He aquí otro libro valioso: los "Nueve sermones en lengua de Chile", del Padre Valdivia, que Medina le compró a don José Sancho Rayón en Madrid por la cantidad de mil francos; acá vemos "La Argentina", de Barco Centenera, de la cual se conocen sólo cuatro ejemplares: hermoso libro es el que tienta nuestros ojos: el

"Manuale Sacramentorum", impreso en Méjico en 1568, ejemplar único conocido en el mundo, que Medina le compró en Puebla a un abogado; otro de sus tesoros es el volumen pequeño, primoroso, del "Thesoro Spiritual de pobres en lengua Michuacal", impreso en Méjico en 1575, que adquirió en mil quinientos marcos; hasta hoy sólo se conocen cuatro ejemplares. El que posee Medina está incompleto y ha hecho reproducir del Museo Británico las copias de las hojas que le faltan. Con visible emoción nos muestra Medina el único ejemplar que existe del "Ceremonial y rúbricas generales", impreso en 1579 en Méjico. ¿Y qué decir de las ediciones de "Las Araucanas", a través de las cuales podemos apreciar el más completo tesoro de la tipografía antigua? ¿Qué de la bonita primera edición del Diccionario de la Academia?

—Esta obra tiene su historia—recuerda Medina.—En 1880 estaba yo en el Norte, siendo auditor de guerra en Pisagua. Se ofreció un reconocimiento a Tarapacá, entonces abandonado: nos guió Laiseca, el mismo que extravió a la expedición de Arteaga y que, para no ser menos esta vez, nos extravió también a nosotros.



La segunda sala de la Biblioteca

Desesperado me encontraba una tarde sesteando bajo un pimiento, cuando acertó a pasar por allí un granadero que llevaba los dos primeros tomos del Diccionario. Como le preguntara el origen de ellos, me dijo que los había recogido en una casa abandonada. Le ordené que me trajera los restantes, y ellos vinieron a constituir lo único que granjeé durante mi estadía en el Norte.

Muchas anécdotas sabrosas brotan en la charla. Como Medina tiene una memoria prodigiosa, no olvida ni los detalles de las cosas más lejanas. He aquí una de ellas, que por ser muy sabrosa y referirse indirectamente a Medina, relatamos con sus pelos y señales. Uno de los libros más escasos fué siempre "La Ovandina" de Mejía. En cierta ocasión el Ministerio de la Gobernación de Madrid expidió un decreto mandando que todos los libros existentes en los archivos y oficinas de las provincias fueran enviados a la Intendencia de la metrópoli. Entre los primeros libros remitidos fué un ejemplar de "La Ovandina" que, poco más tarde, había de ir a parar a poder del librero Murillo, quien, a su vez, lo trocó en la Academia de la Historia, por otras obras. De allí lo sacó Barrantes, a título de ser compatriota del autor, sobre el cual deseaba escribir un estudio. Jamás devolvió Barrantes dicho ejemplar. Estaba a la sazón entonces en Madrid Ricardo Palma; llevaba escrita una extensa conferencia sobre "La Ovandina", cuya edición primitiva no había visto jamás. Siendo muy amigo de Medina, le dió a leer dicha conferencia antes de dictarla desde la tribuna de la Academia de la Historia. Y, como era natural, don José Toribio, le hizo notar a Palma que estaba plagada de errores, como el de describir el libro en octavo siendo en folio; sin embargo, el autor de las "Tradiciones Peruanas" no quiso oír aquel consejo desinteresado, y tuvo que soportar en medio de su conferencia la rectificación del Marqués de Laurencin. Medina conocía el ejemplar de la obra que había tenido Murillo antes de cederlo para la Biblioteca de la Historia.

—He aquí la razón—recuerda Medina—de una serie de folletos tan injustos como violentos de Palma contra Laurencin! Hace algunos años apareció en Ica un nuevo ejemplar de "La Ovandina", que pertenece actualmente a la Biblioteca Nacional de Lima.

La mayoría de sus obras, primorosas en cuanto a la tipografía, las ha impreso Medina en la imprenta particular que posee en su casa. El año 77 compró una pequeña prensa, en la que imprimió el "Catálogo Breve de mi Colección de libros relativos a la América latina". Más tarde, con la idea de dar a la estampa los Documentos para la Historia de Chile, hubo de cambiarse en un establecimiento formal, que exigió la construcción de departamentos especiales y realizar el encargo de tipos y máquinas convenientes. Toda esta instalación fué vendida

en 1891, cuando Medina tuvo que abandonar el país, obligado por los acontecimientos revolucionarios. El año 95 instaló definitivamente otra imprenta, que es la que posee en la actualidad. En este taller se han dado a la publicidad numerosos libros de amigos del autor: la "Física Ilustrada", de don Diego Antonio Torres; la "Historia de un polizón", de Barros Grez; los "Lepidópteros de Chile", de don Guillermo Calbert; el tercer tomo de la "Crónica de 1810", de don Miguel Luis Amunátegui, encargada por don Domingo Amunátegui; los "Naufragios en las costas de Chile", de don Francisco Vidal Gormaz; la "Vida de Sarmiento", de Guerra; las "Relaciones Geográficas de Chile", de don Nicolás Anrique Reyes; las "Voces usadas en Chile", de don Aníbal Echeverría y Reyes; "La guerra con España", de William Rebolledo.

A pesar de sus sesenta y tres años, Medina está en plena juventud espiritual: es un hombre enérgico, seguro en sus movimientos, de fácil y fresca verba. Trabaja con la actividad de un mozo, no sólo escribiendo y consultando los legajos de sus documentos, sino que en los menudos menesteres de componer en las cajas de su imprenta e imprimir en la prensa. Actualmente tiene en preparación las siguientes obras, la mayor parte de ellas terminadas en sus manuscritos: los volúmenes tercero y cuarto sobre Ercilla y "La Araucana"; "Tres comedias españolas sobre América", que denuncian la influencia del poema ercillesco; "Hernando de Magallanes y la primera vuelta al mundo"; "Monedas coloniales hispano-americanas, con la historia de las casas de moneda en que se acuñaron"; "Monedas opsionales"; "Medallas del Almirante Vernon" con la historia de su expedición y ataque a Cartagena; "Juan Fernández y el descubrimiento de las islas que llevan su nombre"; "Historia de la literatura chilena de nuestros días"; "Medallas de Proclamación de los Reyes de España en América".

Medina ha obtenido en el extranjero los mayores honores a que puede aspirar un erudito. Es miembro de la Real Academia de la Lengua, de la Real Academia de la Historia, del Instituto Geográfico Argentino, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la Sociedad Geográfica de La Paz, de The Jewish Historical Society of England, de la Academia Nacional de la Historia de Bogotá, de la Hispanic Society of America, de la American Antiquarian Society, de The Bibliographical Society of America y de la Sociedad Científica Argentina.

Tal ha sido la vida y la obra de este erudito infatigable, que prolonga una eterna juventud espiritual. Tal vez; más afortunado que Juan Ponce de León, descubrió en algunas de sus sacrificadas peregrinaciones, la fuente de Juvencio; y en ella bebió el agua de la felicidad.

